

Arriba, sobre cubierta, no estaban más tranquilos... Lejos de eso, los que se encontraban de servicio o de centinela reconocían igualmente a cada instante a Bibi en las formas más naturales surgidas en la clara noche al pie de las escalas en las toldillas, en el puente, y hasta bajo los pesantes de los botes. Dos marineros ancianos, que parecían embriagarse con su propio terror, pasaron las horas de guardia contándose uno a otro las más estupendas historias de aparecidos. La sombra del *buque fantasma* se mecía sobre las olas, y la del *holandés errante* se deslizaba bajo la luz de la luna.

Sólo en las jaulas dormían en paz y con toda tranquilidad.

El *Bayardo* se encontraba entonces a los 32° 20' de latitud Norte y a los 24° 50' de longitud Oeste del meridiano de París. Había dejado atrás la isla de Madera, y a la izquierda el pico de Tenerife, y abandonando los parajes africanos navegaban en pleno Océano.

CAPÍTULO IV

PÁNICO A BORDO

QUE Bibi hubiese encontrado cómplices a bordo, era una cosa que el comandante Barrachón no tenía más remedio que admitir; pero que Sor María de los Ángeles estuviese complicada en la criminal evasión del presidiario, era lo que no podía comprender. Aunque este último punto del problema le preocupaba extraordinariamente, no quiso perder tiempo en dilucidarlo en el acto. Lo que ante todo hacía falta era coger al bandido, costase lo que costase, vivo o muerto, y después trataría de «explicar lo inexplicable». Para conseguir su objeto, Barrachón estaba decidido a «poner el buque patas arriba».

No entraremos en los detalles de esta expedición, que no dió ningún resultado. Fué inútil que registraran y recorrieran el barco desde los topes de los mástiles a la quilla, y que las patrullas armadas de vigilantes y marineros se precipitasen al fondo de la sentina sedientos de venganza y con el valor que da la desesperación. No encontraron nada.

Hasta vaciaron por completo la sentina. Últimamente

abrigaban la esperanza de que se hubiesen ahogado en ella el bandido y la terrible hembra que le había seguido en su siniestra aventura. ¡Ay, pronto se desengañaron! Un grumete heroico volvió de aquella peligrosa excursión sin haber descubierto nada. ¡Era imposible encontrar a Bibi y a la Condesa!

—¡Haré vaciar los paños de carbón, haré vaciar las bodegas y estibar de nuevo todo el cargamento...; pero les juro a ustedes que los encontraremos!—gritaba Barrachón, que había recobrado todo su buen humor.

Renovó su juramento ante los cuerpos de los desgraciados vigilantes, que hubieron de ser «arrojados a los tiburones» metidos en un saco, después de una ceremonia conmovedora, a la que acudió todo el mundo a llorar y a rezar, *excepto Sor María de los Angeles, que no apareció.*

¡Y, sin embargo, hacía mucho tiempo que había recobrado el conocimiento!

Durante el almuerzo, que siguió a esta triste ceremonia, y que reunió bajo la presidencia del comandante a toda la oficialidad, se habló de aquella ausencia, y cuantos desde la caseta de derrota, que dominaba la cubierta, habían presenciado la escena de la víspera, manifestaron su sorpresa.

El comandante, que no les había dado cuenta de su entrevista con Sor María de los Angeles, y que además se reservaba el contenido de la carta del Bombarda, achacó a la falta de salud de la religiosa su alejamiento de la ceremonia. La actitud de Sor María, por lo demás, le chocaba lo mismo que a todos; pero no quería demostrarlo, porque pensaba que ya había bastantes misterios de que hablar a bordo.

Y además había resuelto interrogar de nuevo a la religiosa después de almorzar, y esta vez sabría «tirarle de la lengua».

Decidido a no guardar consideraciones a nadie y aterrado al pensar en la responsabilidad que contraería de no aparecer Bibi, no contestaba más que con bufidos a las preguntas de unos y otros.

Le chocó no ver en el comedor a su segundo. Contestáronle que debía estar retenido por algún acto del servicio. Después de lo cual hubo un silencio embarazoso. Nadie pensaba más que en Bibi y en la Condesa.

—¡Acabarán por morir de hambre o de sed si no se entregan!—dijo el vigilante general.

—¡No lo crea usted!—replicó el inspector—. Si siguen en la sentina, ya encontrarán el medio de alimentarse con cualquiera cosa. ¡Allí hay provisiones, verdaderas golosinas! Y yo creo que deben tener *bastantes amigos* a bordo para poder procurarse agua.

—¡Buena les espera a esos!—declaró Barrachón—. Sean quienes sean, es menester que sepan que serán ejecutados al mismo tiempo que Bibi; todos los que hayan prestado ayuda al bandido, serán tratados lo mismo que él.

—Y si aparece la mujer, ¿se la fusilará también, mi comandante?—preguntó otro.

—¡No, que vamos a andarnos con contemplaciones; se la fusilará o se la ahorcará; a todos les daré su merecido!... ¿Pero en dónde estará M. de Vilène?—tornó a preguntar—. ¿Habrá vuelto a suceder algo?... Vaya usted a ver, Kerrousgouët.

El alférez se levantó y regresó al cabo de unos instantes.

No había encontrado al segundo; pero había averiguado que acababa de bajar a los *presidios*.

—Sin duda habrá ido a girar una visita de inspección suplementaria—dijo Barrachón—, o tal vez querrá registrar los petates... Lo ocurrido con las botellas de ron le tiene muy preocupado. Esta misma mañana me hablaba de ello y me decía que no estaría tranquilo, por lo que a las jaulas respecta, hasta que no aclarase este misterio.

Kerrousgouët sentóse nuevamente. Circularon los platos; pero la conversación tornó a decaer.

A los postres, el comandante rompió un vaso, declarando que Bibi *debía de estar indudablemente en alguna parte*.

Esta fué la opinión de todos. Sin embargo, el vigilante general dijo:

—Después de todo, en alguna parte estará; *¡pero tal vez no esté a bordo!*

Y emitió tímidamente la hipótesis de que la odiosa pareja hubiese abandonado el *Bayardo*.

—¿Cómo?—preguntó Barrachón, encogiéndose de hombros—. ¡No falta ni un bote... y se les hubiese visto!

—¡Tal vez se hayan arrojado sencillamente al agua!

—¿Por dónde?—dijo nuevamente Barrachón—. ¡Se sabría! Abajo todas las lumbreras tienen rejas, y si hubiesen subido a cubierta, habiendo los centinelas que hay en ella, los hubieran visto... ¡Vamos, tratemos de razonar; pero no digamos tonterías!

El vigilante general se disculpó; pero cometió la torpeza de añadir:

—¡Qué lástima!

—¿El qué? ¿El qué es una lástima?—interrogó el comandante, cada vez más fosco.

—¡Pues que no se hayan marchado! ¡Nos hubiéramos visto libres de ellos!

El comandante botaba.

—¡Ah! ¿Eso es lo que usted piensa? Pues bien; permítame usted decirle que tiene usted una idea muy singular de su deber. ¡En cuanto a mí, me han confiado a Bibi, y si no lo encuentro, muerto o vivo, yo sé lo que tengo que hacer!

Dijo esto con tal entonación, que cuantos lo escucharon se sintieron desagradablemente impresionados. Se estretecieron de pies a cabeza. ¡Ya les parecía ver al excelente Barrachón saltándose la tapa de los sesos; y luego, qué de embrollos para ellos, qué de responsabilidades! ¡Ah, se acordarían del 3.216 por mucho tiempo!

Entretanto, M. de Vilène seguía sin parecer. Al servirse el café, Barrachón, inquieto, no pudo resistir más. Salió para buscar por sí mismo a su segundo. ¡Tal vez Vilène hubiese descubierto algo!

Pero al recorrer la cubierta y los entrepuentes, la inquietud del comandante aumentó. No encontraba a Vilène en ninguna parte, y además hacía una hora que nadie sabía de él. Algunos creían haberle visto bajar a los *presidios*; pero en los *presidios* los celadores aseguraban no haber recibido su visita.

Al reunirse con sus oficiales el comandante, les comunicó sus temores. Todos se pusieron en campaña, y las investigaciones continuaron con más actividad que nunca. En el camarote de Vilène no se encontró absolutamente nada que pudiera ponerlos sobre su pista. La tripulación estaba

ya al corriente de esta misteriosa desaparición, y los marineros, lo mismo que sus jefes, empezaron a buscar por todas partes al segundo. Recorrieron todo el barco llamándole. ¡Tal vez se hubiese puesto malo! ¡Tal vez se hubiera encontrado de repente con Bibi, que le habría matado!

Después de buscarle vivo, le buscaron muerto.

Pero no le encontraron ni muerto ni vivo.

La consternación era general.

Además, todos, desde los pasajeros hasta el más humilde de los grumetes, fueron acometidos de una fiebre especial, que tiene por origen el miedo y por desenlace la rabia.

Todos estaban hidrófobos. ¡Y había motivo! El comandante se vió y se deseó para calmar el furor de sus hombres, que, sin el menor pretexto, querían saltarles la tapa de los sesos a todos los presidiarios. Incesantemente veíanse revólveres apuntando a los presos por entre los barrotes. A cada instante oíanse amenazas de muerte, y, sin embargo, jamás se habían conducido más *correctamente* los presidiarios. Hasta el mismo Trompo había suprimido su odiosa risita, porque comprendía que si en *aquellos momentos* se reía, se reiría por última vez.

El inspector y el vigilante general, anonadados por la desaparición del segundo y preguntándose si no les tocaría pronto a ellos desaparecer a su vez, decidieron unirse para todos los actos del servicio, y no separarse un punto uno de otro.

La necesidad que sentían de vengarse en algo o de alguien, les indujo a pedir al comandante que sometiese a todos los penados al régimen de pan y agua y que suprimiese los paseos por el puente.

Pero Barrachón, que entró un instante en su camarote para zambullir la cabeza en su palangana, porque temía que le diese una congestión, había recobrado ya al salir cierta lucidez, que le permitió rechazar aquellas peligrosas medidas. Todos los revólveres había salido de sus fundas. Hasta las mismas mujeres estaban armadas, y ya nadie se aventuraba solo por los corredores, aunque hubiese en ellos un centinela de trecho en trecho.

Aquel acontecimiento estupendo de la desaparición de su segundo, hizo olvidar momentáneamente al comandante la extraña actitud de Sor María de los Ángeles. Pero pronto debía ésta reclamar su atención.

Cosa extraña: aquella santa mujer, a quien no había visto en todo el día, ni aun en los momentos en que se celebraba la ceremonia religiosa, se presentó en cubierta a la misma hora en que era conducida a aquel lugar, como el día anterior, la feroz jauría a que pertenecía el Bombarda.

Barrachón la vió aparecer sin que ella se diese cuenta, y se quedó sobre cubierta para observarla.

La hermana avanzó hasta el sitio en que estaban los vigilantes, deslizándose lentamente junto a las portas, y una vez allí, apoyada en la borda, empezó a rezar su rosario. Parecía tan débil, que a cada instante podía temerse verla rodar por la cubierta, como el día anterior la viera el comandante desplomarse en su camarote.

Asustaba su palidez; pero sus ojos brillaban de una manera extraordinaria. Rezaba y miraba fijamente al Bombarda, que acababa de adoptar su postura de la víspera, y que, como la víspera, se disponía, sin duda, a «echar al correo» su cartita.

Barrachón comprendió entonces lo que Sor María de los Ángeles había ido a hacer allí. Había ido a advertir al amigo de Bibi que suspendiera *aquella correspondencia*.

Esto era, evidentemente, lo que decían aquellos ojos extraordinariamente expresivos. Esto era lo que significaba aquel leve movimiento de cabeza de izquierda a derecha, signo telegráfico de negación: ¡ya no debían volver a deslizar una cartita por entre las tablas!... Y esto es lo que el Bombarda comprendió, porque el bandido se levantó mirando a la hermana y metiéndose la mano en el bolsillo.

Barrachón no vaciló, y de un salto se plantó junto a los vigilantes.

—¡Registrad a ese hombre!—gritó señalando al presidiario—. ¡Inmediatamente, inmediatamente! ¡Pero sujetadle los brazos, sujetadle los brazos!...

Los dos vigilantes se precipitaron sobre el Bombarda; pero él se desembarazó de ellos, y sacando el papel del bolsillo trató de metérselo en la boca.

—¡El papel, el papel!—gritaba el comandante—. ¡Sujetadle los brazos!

Dotado de una fuerza hercúlea, el bandido cogió a uno de los celadores por la garganta, y rechazando al otro, se tragó el papel. El primer vigilante, casi asfixiado ya, no podía obedecer al comandante, que le gritaba: «¡tire usted!... ¡pero tire usted!» El comandante sacó su revólver; pero el otro vigilante se adelantó y disparó contra el Bombarda, apuntándole al pecho.

Y no fué el bandido quien resultó herido por este disparo... Fué Sor María de los Ángeles, que acababa de precipitarse entre los combatientes y había alargado la mano

hacia el cañón que sembraba la muerte en derredor. La bala atravesó la mano y el hombro de la pobre mujer. Inmediatamente se desplomó como muerta, bañada en sangre. El Bombarda estaba inmóvil, con los brazos cruzados. Mientras se llevaban a Sor María a la enfermería, el comandante dió órdenes para que condujesen al bandido al calabozo. Lleváronle inmediatamente. Barrachón, el inspector y el vigilante general bajaron al entrepuente al mismo tiempo que el cortejo de los celadores.

El comandante quería interrogar sin perder momento al Bombarda, que al día siguiente comparecería ante un consejo de guerra y sería seguramente condenado a muerte por rebelión y tentativa de asesinato en la persona de un vigilante. Había llegado el momento de hacer un escarmiento.

Cuando entraron en el corredor de los calabozos, el sargento Pascaud les anunció que sólo había uno disponible, pues no se podía pensar en encerrar al Bombarda en aquel del cual se escapara la Condesa. Aún no habían tapado el boquete. De modo que no quedaba más que el calabozo en que estuviera Bibi en el cepo y en que hallaran los cadáveres de los dos vigilantes. Barrachón mandó que lo abriesen inmediatamente, lo cual hizo Pascaud.

Los vigilantes, por indicación del comandante, se disponían a meter en el cepo al Bombarda, que no oponía la menor resistencia, cuando retrocedieron lanzando un grito. En la oscuridad se veía un bulto, un cuerpo tendido en el suelo. *¡Un hombre estaba ya amarrado al cepo!*

Como sólo se distinguía vagamente aquel bulto inmóvil en las tinieblas, los vigilantes creyeron por un momento

que Bibi había vuelto al calabozo por arte de encantamiento. El comandante, el inspector y el vigilante general se precipitaron al cepo y acercaron los faroles. Todos lanzaron la misma exclamación: ¡*El teniente!*

Sí, aquel hombre era, efectivamente, el teniente de navío M. de Vilène, el segundo de a bordo, que estaba amarrado de pies y manos al cepo de Bibi, en el lugar del propio Bibi. Por lo demás, no era ya otra cosa que un bulto negro, que no daba señales de vida. Una recia mordaza le cubría aún la boca, la nariz y los ojos. Le sacaron en seguida del cepo, le llevaron al corredor y le hicieron respirar, o por lo menos lo procuraron. ¡Durante unos segundos creyeron que estaba muerto!

Al fin se hinchó su pecho, y un profundo suspiro anunció la vuelta de la vida a aquel cuerpo inerte.

M. de Vilène miró en torno suyo con expresión de atontamiento, y luego dijo:

—¡Mi comandante!

Se había salvado.

Pero había escapado de buena. Y así lo confesó.

—¡Oh—murmuró—, creí que todo había concluído!

Mientras los vigilantes prodigaban sus cuidados al segundo y le obligaban a beber una copa de ron que uno de ellos había llevado, Barrachón, seguido de los demás jefes, volvió al calabozo para comprobar una vez más el milagro.

El calabozo continuaba herméticamente cerrado como una caja, y era imposible adivinar merced a qué estratagemma podía salir un hombre y entrar otro sin pasar por la puerta.

Barrachón desfogó su cólera en los tabiques, que gol-

peaba con el puño cerrado, sin encontrar la llave del misterio. En punto a llaves, sólo poseía la del candado, que tenía la pretensión de ser la *única* que abría el cepo de Bibi.

¡Ahora bien; Bibi se había escapado del cepo y había sabido meter en él al segundo y cerrar en seguida el candado sin el auxilio de aquella llave! El sargento Pascaud, azoradísimo y más abatido aún que el comandante por el descubrimiento de la fuga del 3.216, decía:

—Palabra, mi comandante: sólo una vez en mi vida he visto una cosa parecida a esta, al final de una función que dieron unos saltimbanquis en un pueblo. Uno de ellos se metía en un baúl perfectamente cerrado, atado con cuerdas y sellado con lacre por nosotros mismos. Hasta tuvimos la precaución, al atarlo, de hacer unos nudos que habíamos aprendido de los marineros. Pues bien; cubrieron el baúl con un paño, contamos hasta diez, y cuando levantaron el paño vimos a nuestro hombre libre, sin ligaduras, junto al baúl atado, sellado y perfectamente cerrado con llave. ¿Qué quiere usted que le diga, mi comandante? ¡Tal vez Bibi haya sido saltimbanquil! ¡Esa buena pieza debe conocer toda clase de oficios!

Entretanto habían llevado al segundo a su camarote. El comandante fué a reunirse con él inmediatamente. M. de Vilène tenía una sed y un hambre terribles. Le dieron de comer y de beber, y pudo hablar. Entonces contó algo muy oscuro, pero muy grave, que hizo reflexionar a cuantos estaban en el camarote, sobre el singular poder del infernal Bibi.

El suceso había tenido lugar inmediatamente después de la ceremonia fúnebre de aquella mañana.

A Vilène, como al comandante, como a todo el mundo, le había chocado mucho no ver a Sor María de los Ángeles en el momento de rezar los responsos. ¿Estaba enferma? Resolvió enterarse, y se dirigió al camarote de la religiosa. Ya iba a llegar, cuando en el momento de doblar la esquina del corredor, frente a la despensa, le sujetaron por detrás con una fuerza y una rapidez increíbles.

No pudo hacer un movimiento ni lanzar un grito. Le pusieron una mordaza que le ahogaba, y cuatro hombres, por lo menos (M. de Vilène creía que sus agresores eran por lo menos cuatro), le redujeron a la impotencia en pocos segundos. Transformado en un fardo, sin ver absolutamente nada, no sabía con exactitud por dónde le habían llevado ni tenía la menor idea de cuál pudiera ser el sitio en que provisionalmente le depositaran. Porque durante algún tiempo le dejaron muy tranquilo. Hasta tuvieron la precaución de apartarle ligeramente la mordaza de la nariz, para que no se ahogase tan pronto. Sin embargo, no debía estar muy lejos de la cocina, porque hasta él llegaban las emanaciones del rancho. Verdad es que a la hora del almuerzo se percibe el mismo olor en todos los entrepuentes.

Al fin fueron a buscarle. Primero le llevaron a cuestras unos minutos, y luego le ataron una cuerda y le descolgaron en el vacío. Por un instante se preguntó si sus agresores no le arrojarían de aquella manera al mar, deseosos sencillamente de ahogarle sin ruido, para que nadie pudiera acudir en su socorro. Pero pronto llegó a su destino. Tropezó con algunos cuerpos duros. Se sentía bajar y subir y volver a bajar por unos individuos *que no se hablaban*. Le izaron más de una vez sobre un objeto para volver a

dejarle caer algunos instantes después, y en aquel momento calculó que estaba en la bodega. ¿Pero en cuál? ¿En qué pañol? No podía decirlo. Al fin, después de infinidad de brutales encontronazos (no le trataban con ninguna consideración y le zarandeaban como hubieran podido zarandear a un fardo inerte), le tendieron en el suelo, le arrastraron hasta un barrote de hierro y, por último, introdujeron sus manos y sus pies en unas argollas. Entonces pensó que sus enemigos habían resuelto dejarle morir de hambre y de sed en el cepo, en el fondo de la cala. Pocos minutos después sintió que le faltaba la respiración, y perdió el conocimiento.

Este relato aterró a todos, porque no daba ninguna luz acerca del lugar en que se ocultaba el bandido, y probaba, en cambio, que Bibi campaba por sus respetos en el barco y que tenía cómplices activos y *libres*, cuyo número se ignoraba. Esta última consideración era la más importante; porque, ¿de quién fiarse en lo sucesivo?

Al quedarse solo con su segundo, el comandante le comunicó las reflexiones que le había sugerido la trágica aventura de Vilène. Pero Vilène ya no pensaba en el peligro que había corrido. Lo mismo que el comandante, pensaba, sobre todo, que estaban rodeados de enemigos, y que sus desdichas tal vez no hubieran hecho más que empezar.

Recién embarcados en un buque cuya tripulación había sido reclutada a última hora, con pasajeros, pasajeras y empleados que, en su mayor parte, eran enviados a Cayena porque la Metrópoli no quería nada con ellos, ignoraban con quién tenían que habérselas, y ni siquiera podían formarse una idea del verdadero modo de ser de cada cual.

Sin embargo, confiaban en sus marineros y en el personal de vigilancia, que había servido ya en los penales. ¿Pero no podía haberse deslizado en aquel rebaño, desconocido para ellos, alguna oveja sarnosa? ¡Era de temer! ¡Era indudable!

A M. de Vilène le habían atacado varios hombres. Esto podía afirmarlo. ¿Quiénes eran estos hombres? ¿Anarquistas o criminales que se hacían pasar por tales?... Porque ya se sabía que, escudados con este título, llevaban a cabo toda clase de iniquidades. ¡Ellos fueron, indudablemente, los que ayudaron a Bibi a burlar durante tanto tiempo a la policía, los que le alentaron en sus monstruosos atentados, los que juraron vengarle y los que la mañana del mismo día en que había de verse su causa volaron el *restaurant* Ferdý para amedrentar al Juradol...

¿Qué no podía esperarse de semejantes forajidos, que habían declarado una guerra a muerte a la sociedad? ¿De qué no serían capaces? Sin duda, algunos de ellos, con el deseo de salvar a Bibi, se habían embarcado en el mismo buque, recomendados, seguramente, por el Gobierno, su primera víctima siempre, y del que se burlaban lindamente. ¡Ah!, pues si aquello era cierto, sería preciso luchar, dar una verdadera batalla. Barrachón y Vilène eran soldados. Sabrían combatir. Y se estrecharon las manos.

Confortados por esta manifestación de mutuo afecto permanecieron un instante silenciosos, y luego volvieron a hablar de sus temores para reirse de ellos. Aquel hombre que, en las circunstancias más misteriosas e incomprensibles, había estado a punto de ser víctima de Bibi, fué el primero en declarar que «evidentemente exageraban las cosas». Se

puso su uniforme, y con semblante sereno reapareció sobre cubierta.

Fuera de los marineros de servicio y de los celadores, que vigilaban eficazmente, no había nadie en ella. Todos se habían encerrado en sus camarotes. El incidente del Bombarda y de la herida de Sor María de los Ángeles, seguido del extraordinario descubrimiento del teniente amarrado al cepo de Bibi, constituían en todos los camarotes el tema de las conversaciones más terroríficas.

¿Qué era, pues, aquella cala misteriosa? ¿Qué significaba aquel calabozo, en el que sucedían cosas tan diabólicas? La figura fantástica de Bibi creció hasta adquirir desmesuradas proporciones. Y la sospecha, que empezaba a difundirse, de que había a bordo anarquistas decididos a todo para salvar al monstruo, aumentaba el espanto general. ¿Prenderían fuego al buque? ¿Le volarían? ¿Quién había de impedirselo? ¡Ah, cómo escuchaban tras de las puertas los más insignificantes rumores, cómo trataban de explicárselos! Y cuando oían pasos en el corredor, ¡con qué afán deseaban que se alejasen!... ¡Hacía ya dos noches que nadie dormía! Si el comandante hubiera sido un hombre sensato, de fijo hubiesen regresado inmediatamente a Europa... ¡y a toda máquina!... ¡Qué travesía!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO VILLAS"
No. 1005 MONTANREY, MEXICO

CAPÍTULO V

EL ASALTO DE LA DESPENSA

EL día siguiente, muy de mañana, la toldilla de popa del *Bayardo* estaba llena de mujeres y de niños agarrados a las faldas de sus madres. Todas las familias de los empleados se habían refugiado allí. En la toldilla, por lo menos, se veía. Y pensaban que no tenían que temer sorpresas como en los entrepuentes, en donde tiritaban de espanto. Además, aquella mañana había una gran noticia, alrededor de la cual giraban todas las conversaciones. Al parecer, Sor María de los Ángeles se entendía con Bibi. La cosa era un poco fuerte, ¿no es verdad?

Ya se sabía por qué y cómo había sido herida la hermana. ¡Servía de intermediaria entre los presidiarios y el bandido! ¡Y en el momento en que esperaba una cartita del Bombarda, recibió un balazo en el hombro! ¡Si lo que se decía era verdad, bien empleado le estaba! Porque aquella mujer no debía ser una verdadera religiosa. Indudablemente era una anarquista, que se había endosado aquel traje para acercarse a Bibi, y a quien sus compañeros habrían encomendado la misión de salvar al bandido. ¡Bien se la había

B

I

B

«pegado» a todos! ¡Para que se fiase nadie de las «mosquitas muertas»!

A esta altura estaba la conversación en la toldilla de popa, cuando llegó, muy sofocada, madame Pascaud, la mujer del sargento Pascaud. Indudablemente tenía que decir alguna cosa muy importante; pero por más que abría la boca, la emoción le impedía articular una palabra. Al fin se calmó y dió la noticia:

—¿No saben ustedes?... ¡Es su hermana!

Al pronto no la comprendieron; le hicieron repetir aquellas palabras, le suplicaron que las explicase.

¿De quién hablaba? ¿De Sor María de los Ángeles?

—¿Pero de quién era hermana Sor María de los Ángeles?

—¡De Bibi!

En el primer momento el estupor fué general, y luego comenzaron a dudar.

—¿Está usted segura?

—Ella misma acaba de confesárselo al comandante. Cree que se va a morir, y ha dicho la verdad.

¡Ah, desdichada! Y todas la compadecían.

¡Ya no dudaba nadie de que era inocente y de que su único crimen consistía en tener semejante hermano!

Pavoneándose, madame Pascaud daba detalles.

—Es evidente que pecó sólo por imprudencia; ya se lo ha dicho el comandante al perdonarla de todo corazón. Vino para cuidar a los galeotes, como suele decirse, porque su Patrón, San Vicente de Paúl, también cuidó a los galeotes. ¡Pascaud lo oyó todo! Según parece, daba pena el oírlo. Solicitó que la enviasen a Cayena porque tenía el

propósito de convertir a su hermano. ¿Convertir a Bibi? Se necesita valor; ¿no es verdad? Quería que se convirtiese y que pidiera perdón a Dios de sus crímenes, y dijo que si lo hubiese conseguido moriría contenta. Si ocultó que era hermana de Bibi, fué porque estaba segura de que de haberlo dicho no le hubiesen permitido permanecer a su lado y le hubieran prohibido la estancia en Cayena, por el temor de que fuese allí para ayudarle a fugarse. ¡Indudablemente, es una excelente muchacha, amante de su familia! ¡Pero no le ha servido de nada!

Las mujeres escuchaban a madame Pascaud con el mayor interés, y se disponían a elogiar la conducta de la religiosa, con la secreta esperanza de que tal vez pudiese la hermana protegerlas contra el hermano, cuando se produjo un gran revuelo en cubierta.

Acercábase un cortejo formado por los principales oficiales del buque, con el comandante a la cabeza. Rodeaban todos una camilla conducida por cuatro marineros, y en aquella camilla iba tendida la hermana de Bibi, en el claustro Sor María de los Ángeles.

Su rostro estaba tan blanco como la sábana que la cubría. Entre sus manos exangües llevaba un crucifijo que, descansando sobre su pecho, parecía ya velar a una muerta.

Sin embargo, los ojos de Sor María brillaban con un fulgor incomparable, y sus labios se movían. Rezaba.

Detrás de este grupo, que se dirigía hacia los *presidios*, iban algunos marineros y gran parte del personal de a bordo. La toldilla de popa del *Bayardo* quedó desierta en un segundo. Todas las señoras corrieron en busca de noticias,

y se enteraron de que Sor María de los Ángeles había pedido al comandante que antes de morir la hiciese llevar de bodega en bodega, para que ella pudiese llamar a su hermano y rogarle que se rindiese a la justicia de los hombres, a la cual debía someterse antes de comparecer en el tribunal de Dios.

El comandante había prometido perdonar la vida al feroz Bombarda en el caso en que Bibi accediese a las súplicas de su hermana.

—¡Ah, pues lo que es como sólo cuente con eso el comandante para reducir a Bibi!—dijo alguien.

—Siempre tiene el derecho de intentarlo—replicó madame Pascaud—. La hermana se acusa de haber sido la causa de la rebelión del Bombarda, y no quiere que ejecuten al bandido mañana.

—¡Sí; la pobre querrá irse derechita al cielo sin tener nada que echarse en cara! ¡Es una santa!

Habían bajado la camilla a la batería, y los presidiarios vieron pasar a través de las rejas de sus jaulas la blanca aparición. Al reconocer a Sor María de los Ángeles se descubrieron todos, y algunos, recordando que habían tenido religión, se santiguaron.

Al llegar al entrepuente abrieron la escotilla que daba al pañol en que, a juicio de todos, se había refugiado Bibi al abandonar su calabozo. Hízose un gran silencio en torno a aquella camilla, iluminada por los faroles de los marineros, y se oyó la voz de Sor María de los Ángeles. Una voz singularmente entera. La religiosa había apelado sin duda a toda su energía para realizar este supremo esfuerzo.

—¡Bibi!—gritaba—, ¡Bibi!...! Soy yo quien te habla, yo,

tu hermanal ¡Ten piedad de mí, Bibi, porque voy a morir; ya sabes cuánto te he querido cuando eras pequeñito, y aún te quiero, Bibil... ¡En el nombre de Dios, que te perdonará, te pido que vengas a morir conmigo! ¡Bibi, Bibil

Calló la voz y todos escucharon, por sí del silencio de la sentina llegaba hasta ellos algún rumor. Pero nadie se movió ni habló en las tinieblas.

Al cabo de algunos instantes dijo nuevamente la religiosa:

—¡Si muero antes que tú, Bibi, sabe que te perdono!

Y como tampoco esta vez se oyera nada, hizo seña de que la llevasen a otra parte. Así fueron abriendo las escotillas de todas las bodegas, de todos los paños: del de municiones, del de mercancías, del de equipajes, ¡de todos!... Recorrieron el barco de punta a cabo, y la voz de Sor María de los Ángeles se alzaba por sobre las tenebrosas oquedades llamando a Bibi; pero Bibi no contestaba. Y el cortejo volvió a la enfermería, en donde tendieron a Sor María en la mesa de operaciones.

Había pedido que no la operasen porque deseaba morir; pero luego comprendió que su deber era dejar en libertad al cirujano que pretendía salvarla. Aún tenía que sufrir en este mundo. Se resignó. Sin embargo, de acuerdo con el comandante, y contra la opinión del médico de a bordo, había intentado, aunque inútilmente, hacer un llamamiento a los recuerdos de aquel hermano a quien tanto había querido. En aquel momento tenía una fiebre muy alta, y era preciso aplazar la extracción de la bala.

El comandante le estrechaba una mano, y Sor María rezaba. A la cabecera de la cama había hecho colgar el car-

tel que llevaba a todas partes consigo y que constituía todo su mobiliario; en él se leía: «Tienen por monasterio las casas de los enfermos; por celdas, la estancia que la caridad les presta; por capilla, la iglesia de su parroquia; por claustro, el hospital; por clausura, la obediencia; por rejas, el temor de Dios, y por velo, una santa modestia.»

Aunque le habían prohibido hablar, murmuraba entre sollozos:

—¡No me ha respondido, no ha venido, ha olvidado mi voz! Yo le puse ese nombre de Bibi, cuando era muy pequeñito. ¡Yo le puse ese nombre, que inventó mi cariño! ¡Ah!, ¿qué ha hecho de él?

Su dolor parecía inextinguible. Dejaba correr las lágrimas de sus ojos, fijos en el cielo...

—¡Dios mío, yo soy la causante de su desgracia, perdóname... perdónale!...

Algunos instantes después, dijo con voz más débil:

—¡Ah, estaba yo tan segura de que vendría al escuchar mi voz!...

En aquel momento oyóse un ruido espantoso en el corredor: carreras, un griterío confuso... Llamaban al comandante.

—¡Mi comandante, mi comandante, ahí está Bibil!...

—¡Ah, bien sabía yo que vendría!—exclamó la religiosa; y cruzando las manos, quedó como en éxtasis.

El comandante se precipitó afuera. Hacia las cocinas desarrollábase un terrible drama. Bibi se había dejado ver, pero sólo por espacio de un segundo, en un corredor, y un centinela había disparado contra él. Como era natural, había errado el tiro. Bibi se refugió entonces en la despensa,

y desde allí hacía fuego contra todo el que intentaba acercarse. ¡Era un sitio en regla...

En efecto; se oían los disparos hechos desde cubierta y desde las cocinas...

Lo que llamaban despensa a bordo del *Bayardo* no era otra cosa que una especie de antecocina situada entre las dos cocinas, en donde almacenaban las provisiones necesarias para la manutención de la tripulación, de los pasajeros y de los presidiarios. El almacén principal de las provisiones se encontraba en el tercer sollado, a proa. Esta despensa no comunicaba directamente más que con una de las cocinas, la más vasta, la de los presidiarios, que, en materia de vasijas, sólo tenía tres inmensos calderos, profundos como tinas, en los que se hubiera podido lavar la ropa de un regimiento, y en donde condimentaban el rancho de los penados. Esta cocina «primitiva» estaba dirigida por el Soponcios, pinche ascendido a cocinero por las circunstancias, en tanto que el verdadero cocinero oficiaba en la cocina de los oficiales. Ambas cocinas estaban situadas hacia el centro del barco, entre las dos chimeneas. Bajábase a ellas casi directamente desde cubierta por las escaleras llamadas a bordo «escalas», y también se subía desde el lugar en que se encontraba el comandante y su reducida escolta por unas escalas de hierro muy pinas.

Al llegar al pie de la escala obligaron al comandante a ocultarse, porque precisamente sobre esta escala caía la puerta de la despensa. Esta estaba abierta de par en par, y por ella el sitiado, que permanecía en el fondo, sin que fuera posible verle, hacía fuego contra el entrepuente.

Desde las dos escalas laterales superiores, Kerrousgouët

y Vilène dirigían las operaciones, que hasta aquel momento habían ofrecido bastantes dificultades.

Dos vigilantes que se acercaron demasiado a la puerta de la cocina de los presidiarios recibieron dos balazos: uno en una pierna, y el otro en la mano.

De modo que, según lo exigía su defensa, Bibi corría de una habitación a otra y se encontraba siempre dispuesto a tirar, antes de que tuviesen tiempo de apuntarle, porque no dejaba entrar a nadie en el corredor.

¿Cómo estaba allí? ¿Cómo le habían descubierto? Según se decía, el Soponcios era quien había dado la voz de alarma. El segundo se disponía a entrar en la despensa, cuando tropezó con el pinche, que salía gritando:

—¡No entre usted, mi teniente; he visto moverse una cosa bajo las legumbres!

Por casualidad, no llevaba armas el segundo. Llamó a dos vigilantes que pasaban y abrieron la puerta de la despensa, que no ofreció ninguna resistencia; pero en cuanto estuvo abierta, el individuo que se encontraba dentro disparó dos revólveres al mismo tiempo, y los dos vigilantes, heridos, tuvieron que refugiarse en la escala.

Vilène había tenido tiempo de entrever una figura de demonio que corría de la despensa a la cocina. Le reconoció: ¡Era Bibi!

—¡Ya es nuestro!—exclamó gozoso—. ¡Que vayan a buscar al comandante!

Parecía imposible, en efecto, que Bibi pudiera escapar. Los pinches desalojaron por completo las cocinas y huyeron, dejando el local a la disposición del bandido; ¿pero qué podía hacer éste? Acudieron todos los vigilantes. Sin

duda habría que trabajar de firme; ¡pero estaba cogido, estaba cogido! Los pasajeros, hasta las mismas mujeres, asomaban por todas las escalas situadas fuera del alcance de las balas del enemigo, y gritaban:

—¡Muera, muera!

En aquel momento Bibi, comprendiendo que iban a hacer un esfuerzo desesperado para penetrar en una de las dos habitaciones, en la cocina o en la despensa, y cogerle así entre dos fuegos, consiguió cerrar la puerta de la cocina lo bastante rápidamente para llegar a la despensa en el momento en que el comandante, al frente de una media docena de hombres, se precipitaba en ella.

Disparó.

Tres hombres vacilaron, deteniendo en su carrera a los demás.

Lo raro era que hacían un fuego terrible contra el sitio, sin que a éste pareciese molestarle lo más mínimo. Verdad es que disparaban al azar, contra una sombra que aparecía y desaparecía con extraordinaria rapidez.

El comandante había mandado a Vilène y a Kerrousgouët que no se moviesen de sus puestos y guardasen las escalas en caso de una tentativa de fuga.

De todos los rincones del buque llegaban hasta allí clamores ensordecedores. Abajo, en las jaulas, cantaban y aullaban:

—¡Bravo, Bibi, bravo!... ¿Quién dará buena cuenta de todos? ¡Bibi, Bibi!...

Y los vigilantes que seguían al comandante, vacilaban.

Barrachón decidió acabar de una vez, costase lo que costase. Avanzó a pecho descubierto, y hubiese perecido infa-

blemente de no haber surgido ante él, como para defenderle, una figura completamente blanca, una especie de livido fantasma:

¡Sor María de los Ángeles!

Sí; era ella, que se había levantado a pesar de su debilidad, y acudía al ruido de los gritos y de las detonaciones. Había llamado a Bibi... Pues bien; ya estaba allí Bibi... Pero, como siempre, sembrando la muerte en torno suyo... y haciendo correr la sangre a torrentes.

Echó a andar delante del comandante; pero con un paso tan ligero, que se hubiese dicho que sus pies, bajo sus largos ropajes, no tocaban el suelo. Era un ángel. Con su voz dulcísima, gritó:

—¡Aquí estoy, Bibi! ¿Me reconoces?... ¡Aquí estoy!... ¡Puesto que quieres matar, mátame a mí; acábame de matar, hermano mío en Jesucristo!...

Pero Bibi no disparó, y como la religiosa continuaba avanzando, seguida del comandante y de sus hombres, entraron todos juntos en la despensa.

¡Ya no estaba allí Bibi!...

Había cerrado la puerta de comunicación, y se encontraba en la cocina de los presidiarios.

Aquel era su único refugio.

La puerta cedía ya ante los esfuerzos de los celadores. Ya iba a caer la presa en poder de la jauría. Sor María suplicaba al miserable que se rindiese, que no causara más víctimas.

—¡Basta de crímenes!—le gritaba—. ¡Bibi, ten piedad de nosotros; ten piedad de mí! ¡Piensa en Dios! ¡Vengo a morir contigo!...

Fué preciso apartar a la santa mujer para hacer saltar la puerta.

Todos se precipitaron en la cocina.

Estaba vacía.

De los tres enormes calderos de rancho se escapaba una ligera humareda, y Bibi se había desvanecido también como un poco de humo.

¿Por dónde había salido? Aquella cocina no se comunicaba con ninguna otra habitación, excepto con la despensa, de la que acababan de salir. No había lumbreras. La claraboya que daba a la cubierta, y que estaba cerrada por cristales muy gruesos, acribillados a balazos, tenía además una armadura de hierro que impedía el paso de un hombre. ¡Y arriba también había vigilantes!

¿En dónde estaba?

De pronto se oyó la voz de faldete del Soponcios, que gritaba:

—¡Por aquí!... ¡Por aquí!... ¡Ahí va!... ¡Ahí va!...

En un abrir y cerrar de ojos quedaron vacías la cocina y la despensa, y todos corrieron tras del Soponcios, que corría también como un loco por los corredores, precipitándose por una escala, resbalando, cayendo al suelo, levantando la cabeza y diciendo con cómica desesperación a los que le rodeaban:

—¡Le he visto!... ¡Ah, le he visto!... ¡Miren ustedes, ha desaparecido por allí!... ¡Indudablemente es el diablo!

CAPÍTULO VI

B I B I

ACABABA el timonel de *picar* los ocho toques de las doce de la noche, cuando el comandante Barrachón entró en su camarote. Sentóse a su mesa y se dispuso a proseguir el excepcional relato de los excepcionales acontecimientos ocurridos durante el curso de aquella extraordinaria travesía. Salía de la enfermería, adonde había ido a visitar a los vigilantes heridos por las balas de Bibi; y después de permanecer unos instantes a la cabecera del lecho de Sor María, que deliraba, regresó a su cámara, deseoso de anotar de una manera precisa los sucesos de aquel día fatal. El tiempo era bueno. De completa calma. El *Bayardo*, con su cargamento de bandidos, continuaba «en paz y en silencio» su viaje al puerto de salvación. Tras de las tempestades recientes—las del cielo y las de a bordo—, era una cosa tan rara y tan grata esta tranquilidad inesperada, que el comandante, que se había inclinado ya sobre su mesa para escribir, levantó la cabeza, suspirando, como si despertara de una pesadilla.

Pero se quedó inmóvil, con la boca abierta y los ojos de